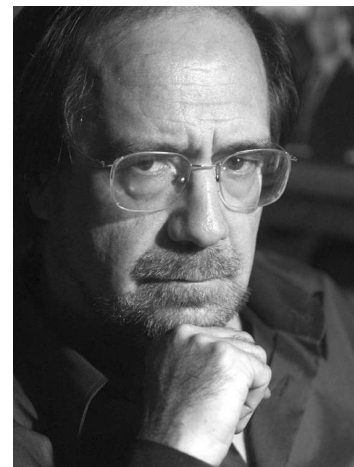


La calidad de la política en Chile: Problema y perspectivas



Manuel Antonio Garretón M.

La crítica a la política, las denuncias de su baja calidad, de la cantidad de recursos dedicados a ella, de la corrupción que le rodea, de la ineptitud de la clase política, de su alejamiento de la gente y los problemas cotidianos, o de los principios éticos e ideológicos, de la falta de confianza que generan sus arreglos y negociaciones, hacen parte del sentido común en las encuestas de la opinión pública en prácticamente todas partes del mundo.

Es casi de buen tono hacer siempre una afirmación crítica de la política o los políticos, se tenga o no fundamento para ello, se considere o no otras actividades de la vida social que lo hacen bastante peor que la política. Estamos obligados a ir más allá de estos estados de ánimos respecto de la política y de entender si verdaderamente existe un problema respecto de ella, y si existe de qué se trata y como puede buscar resolverse. Porque lo cierto es que también la política suele ser el reflejo, no siempre, no simple, de lo que es la sociedad misma y uno llega a preguntarse por la calidad de una sociedad en que todos admitan que la calidad de la política es muy baja.

El cambio universal de la política

En el mundo de hoy parecen haber dos fuentes entrelazadas del malestar, la baja calidad o la crisis de la política, como quiera llamársele: La primera tiene que ver con las transformaciones estructurales y culturales que han debilitado los lazos políticos y estatales de la sociedad. Hubo épocas y sociedades, especialmente las latinoamericanas y, entre ellas, la chilena, en que la política era el principal acceso al Estado de las grandes masas y el Estado era el principal proveedor para estas masas de bienes, servicios, legalidad, protección.

Política y Estado no sólo ofrecían bienes materiales y una institucionalidad protectora, por supuesto todo ello obtenido a costa de luchas, sino que tales luchas llenaban de sentido la vida las gentes. Fuentes de acceso al bienestar material y fuente de sentido de la vida social, pero además elementos dirigentes de la vida de una sociedad o un país, por supuesto que en un contexto democrático, Estado y política eran los referentes básicos de las identidades y las acciones colectivas. Y por ello, los actores políticos principales, los partidos, eran actores centrales de la sociedad y tanto Estado como partidos daban el sello fundamental a la identidad nacional y a las identidades sociales, respectivamente, siendo las otras relativamente débiles o refugiadas en lo privado o subordinadas a la política estatal.

No insistiremos en lo que ya es un dato de la causa: esta centralidad de la política y este rol del Estado hoy ya no son lo mismo. Ni han desaparecido ni han dejado de ser importantes, pero ya no lo son de la misma manera ni tampoco tienen el monopolio ni del acceso de las gentes al bienestar material, -aunque sí para vastos sectores de pobreza y exclusión- ni del sentido de la vida social. Pero no reconocer la indispensabilidad de la política y del Estado para la conformación de estas comunidades

históricas que llamamos países, ha llevado a muchos a buscar llenar el vacío de la antigua política con la ilusión del mercado, los poderes fácticos, los aparatos mediáticos o el simple refugio particularista, ya sea identitario, pero sobre todo individualista. Y como la política no puede dejar de existir, al debilitarse su sustrato ético y cultural, la construcción de la sociedad buena, ella empieza a copiar las prácticas de los mercados, de los poderes fácticos, del mundo mediático, de los intereses individuales o se transforma en una actividad profesional cupular en la que se habla nombre un país y una gente que están simplemente en otra. De ahí el distanciamiento y la crítica a la política.

La particularidad de la política chilena

Por supuesto que esto no es así en todas las sociedades y que en todas ellas, este nuevo rasgo de la política se entremezcla con los rasgos viejos. Y de eso se trata la segunda fuente de crisis de la política: Porque ninguno de los fenómenos anteriores, si se da, se da en abstracto, sino enraizado en una sociedad y política concretas. No basta con analizar la crisis de la política sólo en un nivel general válido para todas las realidades, porque dicho nivel no existe, sólo existe

históricamente. Y, por lo tanto, lo que cabe es ver cómo se dan los rasgos mencionados en el caso chileno, sabiendo que lo sobrepasan.

Quizás el rasgo principal específico de la política chilena, y, por lo tanto de su crisis, y de su baja calidad, sea que en lo grueso ella está conformada por la institucionalidad, los actores y las problemáticas heredadas de la dictadura militar -apenas corregidos por los procesos de democratización y los gobiernos democráticos- y que se revelan totalmente inadecuados al tipo de país y sociedad que los chilenos quisieran poder construir y que el país mismo necesita para insertarse autónomamente en el mundo globalizado. Y como esto no ha querido enfrentarse de raíz, el resultado es una mezcla de política de arreglos, mal llamados consensos, de enfrentamientos entre actores sin proyecto por cuotas de poder, de soluciones parches que dejan arrastrarse los problemas hasta que se presenten otros.

Porque, más allá de comportamientos y prácticas individuales que existirán siempre, no hay ningún problema serio con la política en Chile que no derive del fenómeno anterior ni ninguna solución a ellos ha tenido éxito debido precisamente a que se enreda en dispositivos, mecanismos, bloqueos, orientaciones y cálculos que tienen como origen la política legada por la dictadura.

Ambitos y ejemplos

Si hay problemas con la calidad de la representación de las instituciones, elemento clave de la política democrática, ello se explica porque el sistema electoral no permite la presencia de la diversidad ni la expresión adecuada de mayorías y minorías.

Si hay problemas con la oferta política, ello se explica porque la rigidez del sistema competitivo, que a su vez tiene raíz en el primer problema, impide la aparición de nuevos actores y propuestas y porque los que están en el escenario tienen asegurado al menos un 50% de los puestos electivos y desde ahí, si no son gobierno pueden construir la leve mayoría que les falta, y si son gobierno de administrarlo para



mantenerlo, de modo que para cada actor político de lo que se trata es de obtener posiciones al interior de la propia coalición, lo que convierte a los socios de ésta en sus peores enemigos electorales y lo que transforma la lucha por el poder en el elemento central dejando de lado el debate de ideas y propuestas que vayan más allá de lo electoral.

Si se trata de relaciones malsanas o simplemente irregulares entre el dinero y la política, como fueron los casos de coimas, sobornos u otros, todos ellos tienen su origen en una pésima institucionalidad heredada de la dictadura y no transformada por los gobiernos democráticos, que colapsó con algunos escándalos. La reacción fue un parche, de buena fe, pero un parche que tocó sólo parcialmente el problema esencial del financiamiento de la política y dejó sin tocar el tema de la delimitación de los ámbitos de la política y el mercado y de las influencias indebidas entre dinero y política.

Si se trata de la calidad de los actores políticos, lo que se llama la clase política, su falta de renovación, sus tentaciones mediáticas, ello se explica, en parte, por la naturaleza del sistema electoral ya mencionado que genera una pequeña élite que tiene su porvenir político asegurado, por la existencia de una institucionalidad inadecuada tanto de los partidos que no permite su democratización y modernización, como de todo el sistema

que mantiene indefinidamente a las personas en los cargos electos y privilegia a los que los detentan por encima de quienes aspiran por primera vez, en parte también por la ausencia de una regulación sobre política y medios y por la concentración de éstos en grupos económico-ideológicos, todo lo cual es herencia política de la dictadura.

En fin si se trata del alejamiento de la gente de la política, lo que conduciría a su irrelevancia, el problema radica en que estamos en presencia de un orden institucional ajeno, impuesto, del que muchos se sintieron parte cuando hubo que terminar con la dictadura y aun todavía en los momentos de elecciones (en el caso de los jóvenes donde esta participación no se da, el problema es estrictamente de una institucionalidad heredada que les obliga a inscribirse previamente), pero cuyas reglas y mecanismos, se aceptaron sólo para poder cambiarlos después de acuerdo a nuevas alternativas y ello no se dio. Y, además este sistema político que no les pertenece a los chilenos, que no los deja dar su opinión sobre sus fundamentos y reglas básicas, además es extremadamente conservador respecto de formas de participación a nivel tanto de las democracias locales y regionales como del sistema político central.

Así, en el caso chileno, el origen de la crisis de la política o de sus problemas de

calidad, radica básicamente en un orden constitucional impuesto y ajeno a los chilenos, que no pueden sino aceptar, pero que no se identifican con él. Y la clase política de gobierno y oposición ha sido incapaz, por razones diferentes, de modificar ese orden político, con lo que se consolida un círculo vicioso. Y las políticas y medias correctivas que se han aplicado, algunas de mucha importancia, en el fondo lo que hace es consolidar este sistema, puesto que hacen cada vez más difícil su transformación verdadera. El mejor ejemplo de ello es la ley de financiamiento de campañas electorales: ella fue sin duda un avance, pero que cerró el debate en la materia, sin que puedan superarse sus insuficiencias y deficiencias por largo tiempo.

Los tres ejes de la calidad de la política

Es cierto que hay muchos problemas o temas que no se explican en su totalidad por las razones que hemos señalado, pero no podrá haber una solución de estos "nuevos problemas de calidad" si no se enfrenta la cuestión central a que hemos aludido.

El mejoramiento de la calidad de la política tiene en Chile tres ejes que se entrelazan constantemente y que han sido, de alguna manera mencionados.

El primero es la reforma institucional o reforma política que parte por la generación democrática de una Constitución que tiene como referente la de 1980, aunque si así se acordara, pudiera tomar algunos elementos de ella. Un orden constitucional es el acuerdo sobre los fundamentos de la convivencia, es lo que constituye a un país como tal, mientras no se funde todo acuerdo previo es precario y frágil desde un punto de vista ético y ello tiene caras consecuencias a la larga. Pero tan importante, en un régimen democrático, como la existencia de una Constitución legítima generada por la voluntad ciudadana, es el modo como ella se hace. Hay muchas maneras de consensuar un nuevo orden constitucional y no cabe entrar en esos detalles. Pero sí cabe señalar dos cosas. Una, hoy por hoy, Chile es el único país del mundo democrático que tiene una

Constitución heredada de una dictadura y que es el único país del mundo en que una Constitución se intenta modificar en aspectos sustantivos por los mismos que luego serán candidatos a los puestos que ellos determinen. Es un escándalo que no contribuye al prestigio de la política. Dos, alguna forma de ratificación ciudadana debe existir en la generación de una nueva Constitución. Y es partir de este cambio institucional fundamental que pueden realizarse todos los otros que el país necesita en materia de política, como los referidos, entre otros, al sistema electoral que debiera ser proporcional y asegurar la representación de minorías significativas o de la diversidad política del país, los

Hay también aquí una dimensión institucional que tiene que ver con los espacios que pueden y deben abrirse a nivel de la democracia local, regional, cuyos sistemas de gobierno debieran ser enteramente transformados.

partidos, el financiamiento, la regulación de las mutuas influencias entre política y dinero, la regulación del papel de los medios en política.

El segundo eje concierne la llamada clase política o los partidos políticos. Hay aquí sin duda un aspecto institucional que se refiere a una legislación que, entre otras cosas, respecto de los partidos los dignifique, democratice, financie sus actividades básicas especialmente las referidas a investigación y educación cívica y que respecto de la representación asegure la paridad entre hombres y mujeres, limite los periodos de re-electibilidad de los cargos, etc. Pero hay sobre todo, un

problema de orden moral-político que concierne a los actores. Si la derecha chilena no hace, como en parte los militares lo han hecho, el corte con su pasado de apoyo al régimen militar, una parte significativa del país los seguirá considerando como responsables de sus crímenes y ello no permite lo que algunos llaman la "amistad cívica". Si en la Concertación las posiciones de poder siguen predominando por sobre las ideas y propuestas para el país, su propia política irá decayendo. En ambos casos, y de naturaleza totalmente diferente, hay un mandato principal de la calidad de la política para los actores que hasta ahora han monopolizado el juego político en Chile.

El tercer eje se refiere a la participación ciudadana en política. Hay también aquí una dimensión institucional que tiene que ver con los espacios que pueden y deben abrirse a nivel de la democracia local, regional, cuyos sistemas de gobierno debieran ser enteramente transformados. A nivel nacional, además de estos espacios, debiera abrirse un registro de organizaciones sociales que permita la realización de debates nacionales, de comisiones representativas, etc. Es cierto que en esta materia, el desafío no es sólo para la clase política sino para la misma sociedad civil la que muchas veces se desentiende de los temas nacionales y políticos. En este tercer eje cabe también la discusión sobre el papel de los medios, especialmente de los públicos, en el fortalecimiento de la conciencia cívica y la participación ciudadana.

Conclusión: el debate necesario

De modo que lo que habría que promover es un gran debate nacional sobre la política y su calidad, en torno a estos tres ejes, cuyo entrelazamiento es evidente, con la disposición a cambiar todo lo necesario, incluso lo que afecta a los titulares de los puestos de poder. Es cierto que ello supone como punto de partida un acto de renovación del conjunto de la clase política al aceptar este debate y sus consecuencias. Pero también de las organizaciones de la sociedad y de la ciudadanía que tiende más bien a retirarse de los debates políticos aunque, en el fondo, los reclame.